

COSITAS ANTIGUAS

m. abril 14/1954
Por CARLOS ROBREÑO

La Semana Santa en Otras Epocas

Las de Pérez se van a Varadero. Los de García embarcan rumbo a Miami. López se marcha a la finca. Y hasta el modesto González, llevando a cuestas la familia, arregla sus maletas a fin de poder pasar unos días en la humilde casita de madera que, con grandes esfuerzos construyó sobre las arenas de una playa cercana.

Tales son las noticias que envueltas con otras de actualidad política, deportiva o económica, llegan a nuestros oídos en estos días cercanos de la hebdomada en que la grey cristiana conmemora el dramático proceso de Jesús de Galilea.

No vamos a adentrarnos en la contradicción que pueden entrañar esas fiestas paganas —tragos y ruleta en los lujosos casinos, "camp fires" junto al mar; pic-nics alegres en el campo— durante la celebración de estas fechas sagradas, ni a defender la necesidad, en esta época de prisas y graves preocupaciones, de aprovechar cualquier coyuntura que permita al hombre de hoy un reconfortante descanso, un breve paréntesis en la cotidiana tarea, como el beduino que ambiciona el oasis reparador tras el andar incesante sobre las arenas del desierto.

Simplemente hemos de establecer con breves rasgos un paralelo entre esta concepción moderna de la Semana Mayor y aquella de otras épocas en que la conmemoración de las jornadas que transcurren desde la entrada apoteósica en Jerusalén hasta la Resurrección gloriosa, eran observadas de otra mística manera.

El guano bendito se repartía en todas las iglesias y parroquias durante las horas matutinas

del Domingo de Ramos, sin limitaciones de ningún género. Actualmente, sin embargo, notamos en los acólitos que realizan tal operación ciertas restricciones, y como si impelidos por las estadísticas llevaran en la mente buena cuenta para no incurrir en derroches inoportunos.

Las tres de la tarde del Jueves Santo, es el preciso momento señalado por la liturgia en que el Redentor expiró, clavado en la cruz que se alzara en el Gólgota, pero ya desde muy temprano ese día se notaba en aquel entonces, por parte de la población, un místico recogimiento. Los "tan-tanes" de los coches y los timbres de los tranvías eléctricos no se escuchaban por los ámbitos de la ciudad, debido a que dichos vehículos no circulaban por ninguna calle. Los habitantes de la capital llevaban a cabo sus diligencias más perentorias a pie, sobre calles polvorientas, pues muchas aún no se habían pavimentado con asfalto y los pregones rutinarios se expresaban en tono menor,

como si los vendedores ambulantes se admiraran también al respetuoso ambiente. Solamente los que ofrecían un artículo especial de tal fecha, confeccionado con una pasta de arroz almidonado, alzaban un poco el diapasón:

¡"Alcoza, alcoza!"

Quien no lo come, no goza!

Y con el respaldo ruidoso de una matraca buscaban posibles marchantes.

★ ★ ★

Ya entrada la tarde, comenzaba el recorrido de estaciones. Los pétreos edificios de conventos e iglesias de la llamada Habana Vieja eran visitados por grupos de lindas mujeres —la belleza del rostro enmarcada por la clásica man-

tilla —ancianas beatas y jóvenes galantes— sombrero de paja en la mano y bastón colgado del brazo— que unían a su fervor religioso quizá algo de eso que actualmente denominase "pepillería". Caravana humana que se movía incansablemente durante esas últimas horas de la tarde, del Ángel a la Catedral, a la Merced, a San Francisco, a Santa Catalina, a las Ursulinas, a San Felipe o a Monserrate.

Por la noche, el silencio más absoluto reinaba en la capital. Ni teatros, ni los cinematógrafos que entonces existían, ni ningún otro espectáculo abría su puertas y así en medio de tan respetuosa unción, transcurría el Viernes Santo —sermón de las Siete Palabras, sermón de la Soledad— hasta que al siguiente día, Sábado de Gloria, a las diez de la mañana, las campanas de las iglesias se echaban a vuelo con sus broncíneas voces de ¡Aleluya!, de los altares desaparecían los mantos morados que cubrían las imágenes y la vida ciudadana cobraba su animación. Y algunos viejos habaneros atestiguan que años antes, en semejante instante se amarraban del rabo de los perros callejeros unas latas vacías, a fin de hacer más estridente el entusiasmo popular.

Pero... ¿a qué insistir en los cambios de las costumbres observadas por nuestra población en estos días sagrados de la Semana Mayor, si hasta la propia liturgia católica ha sufrido una radical transformación?

El Sábado de Gloria fué eliminado del calendario y todas sus ceremonias han sido transferidas para el Domingo de Resurrección, en que el espíritu cristiano rememora conmovido el instante aquél en que ascendió a los cielos quien muriera en la Cruz para redimir al género humano.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA